

JOSE AZUETA,
ALBERTO CALCÉS.

En defensa del puerto de Tampico, que se encontraba amenazado por las tropas revolucionarias al mando del General don Pablo González, fueron destacados los cañoneros "Zaragoza", "Bravo" y "Veracruz" distribuyéndose a lo largo del río Pánuco en las cercanías de Tampico, bajo el mando directo de sus comandantes, Comodoro don Gabriel A. Carballo, Capitanes de Navío Rafael Izaguirre y Agustín Guillén. El transporte "Progreso" ya se encontraba en el río con anterioridad, al mando de don Leopoldo Fourzán.

Al considerarse inminente la caída del Puerto, el Jefe de las Operaciones Militares, de acuerdo con los Comandantes de los cañoneros, decidió que estos abandonaran el Tampico, debiendo salir en cuanto avistaran las fuerzas revolucionarias.

A la zazón se encontraba frente a la Barra de Tampico la escuadra norteamericana al mando del Almirante Mayo, compuesta de los acorazados "Connecticut" y "Minnesota", y numerosos destructores y transportes. Las tripulaciones de dichos buques hacían frecuentes visitas a Tampico, ya sea para proveerse de víveres o bien para desempeñar diversas visitas y comisiones.

En una ocasión los tripulantes de una lancha del transporte "Dolphin" no dieron cumplimiento a ciertas disposiciones reglamentarias del tráfico portuario y fueron aprendidos por tropas de la guarnición de la plaza.

Inmediatamente protestó el Almirante Mayo. Intervino el Cónsul Norteamericano quien pidió la libertad de los tripulantes negándose a reconocer el que hubieran cometido falta alguna.

Los marinos fueron puestos en libertad y pese

a lo irrazonable y absurdo de la situación, se transmitieron las excusas del jefe de la Guarnición.

Sin embargo el Contralmirante Mayo siguiendo instrucciones de su Gobierno pidió una satisfacción pública a lo que él consideraba un atropello. Exigió que fuera izada la bandera norteamericana en lugar oficial y que se saludara con 21 cañonazos. Naturalmente esto era inadmisibile. El General Ignacio Morelos Zaragoza, Jefe de las Operaciones Militares apoyado por el gobierno de Huerta, se negó a satisfacer tan absurda demanda que constituía un insulto a la Soberanía Nacional.

Con este motivo se originó un conflicto internacional. El Presidente de los Estados Unidos ordenó que en represalia por el encarcelamiento de unos marinos uniformados, el Almirante Fletcher se apoderara de la Aduana de Veracruz.

Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica no había reconocido al gobierno de Huerta, por quien sentía profunda repulsión y al que trataba de derrocar mediante presión abierta, ó encubierta. Así que cuando Huerta apoyó la decisión de Morelos Zaragoza de no aceptar la injuriosa exigencia norteamericana, la tirantez amenazó convertirse en conflicto armado y el Comodoro Carvallo, tomó la decisión de oponerse a los acorazados, hundiendo sus buques en la Barra: Zaragoza, Bravo, Veracruz y Progreso, para impedir que los norteamericanos ocupasen el Puerto.

El combate en tierra era de temerse, porque el General Morelos Zaragoza tenía abundancia de parque y ante la invasión armada podría esperarse el apoyo de las fuerzas de Pablo González quien por la inminencia de un conflicto internacional haría un lado la lucha fratricida.

Considerando estas dificultades, Wilson eligió el mejor lugar para el golpe de mano. El más fácil y productivo: El puerto de Veracruz estaba desguarnecido, la falta de municiones haría nula la resistencia.

Por tanto ordenó que toda la flota del Atlántico estuviera lista para encontrarse frente a Veracruz. Al Almirante Fletcher se le dió orden de apoderarse del puerto.

* * *

El Comodoro Don Manuel Azueta estaba al tanto de la evolución del incidente de Tampico, y se lamentaba de no tener en Veracruz buques, ni municiones. El 21 de abril, el Comodoro trató de localizar al General Mass, en virtud de la tensión que se respiraba en el Puerto. Rumores indefinidos y alarmantes hablaban de una invasión inminente. En el cuartel general fue informado que las tropas de la Guarnición comandada por el general Mass se habían retirado del Puerto dejando libre a los norteamericanos la ocupación de Veracruz. Esto sin duda, con autorización del Gobierno Federal y seguramente para evitar inútil derramamiento de sangre.

Asombrado por semejante noticia, el comodoro decidió marchar a la Escuela para conocer los planes que tenía el Director, dado que era la única dependencia donde podía organizarse cierta resistencia.

Primeramente fue a su casa. Se vistió de civil, guardó su uniforme en una valija de mano y en compañía de su asistente que portaba el bulto, llegó a la Escuela Naval cuando ya se habían des-

prendido de los buques norteamericanos los primeros lanchones repletos de soldados de infantería de marina.

Llegando al zaguán el cadete Eduardo Colina quien se encontraba de centinela, desconoció a quien había sido su director al verlo de civil y le marcó el alto, pidiendo la contraseña. Azueta se identificó y pasó a la Dirección.

En la Escuela reinaba la más profunda agitación. El Director al ver al Comandante General de Marina se sintió aliviado de tener al fin órdenes para proceder.

Los cadetes se agruparon en el patio, creciendo el clamor de que les suministraran armas, para la defensa de su amada Escuela.

Azueta después de hablar con el Director llegó a una decisión. Tenía el deber de defender la Escuela Naval. Se asomó al patio y gritó:

- ¡A las armas!!... ¡La patria está en peligro!... ¡A las armas, Viva México!

Esta concisa arenga produjo indescriptible entusiasmo en los valientes cadetes, que a una voz contestaron:

¡Viva México!

De inmediato la Escuela quedó a las órdenes del Comandante General de Marina. Se abrieron los paños y salas de armas. Los cadetes se armaron con los fusiles llenando las cartucheras de proyectiles que el corneta Romualdo distribuía en la Guardia.

Con los colchones y taquillas se improvisaron barricadas tras los balcones, puertas y ventanas.

Desde los balcones de la Dirección el Comodoro Azueta, el Director, Capitán de Fragata Rafael Carrión y otros oficiales de la Armada que se habían

concentrado en la Escuela al saber la noticia del desembarco norteamericano, hacían planes para la defensa.

En la bahía se encontraban fondeados los navíos de guerra UTAH, FLORIDA, MONTANA y PRAIRIE de los cuales se desprendían sin interrupción lanchones de desembarco conduciendo las tropas de infantería de marina a cargo de la invasión. En esta primera oleada debían ocuparse las instalaciones portuarias y eliminar la resistencia, que se consideraba exclusivamente de tiradores furtivos. Fuera de la bahía aparecían entre la bruma la mole imponente de numerosos acorazados listos para entrar en acción en caso de necesidad.

El Comodoro Azueta al observar el ataque, distribuyó a los alumnos en los balcones. El tiroteo había empezado en la zona norte de la ciudad, donde ya los infantes habían ocupado el Muelle de la Terminal y se movían hacia la Aduana.

Un puñado de valientes civiles, se oponían a la ocupación pacífica. Con armas viejísimas disparaban desde las azoteas y balcones, corriendo a esconderse cuando eran descubiertos para aparecer nuevamente en otro lugar. Los disparos que se escuchaban enardecieron a los alumnos y cuando tuvieron a distancia de tiro a los infantes estadounidenses; curiosamente vestidos con uniformes de multicolores manchones; iniciaron el fuego.

Cuando el Contralmirante Fletcher observó la resistencia de la Escuela Naval, ordenó al transporte "Prairie" prestar apoyo a los infantes de marina. Tronaron los cañones y las granadas empezaron a explotar sobre la fachada de la Escuela Naval.

El Comodoro Azueta continuaba conduciendo

el combate. Pronto percibió a su lado la primera baja. El cadete Virgilio Uribe Robles que se encontraba disparando en uno de los balcones de la Dirección fue herido en la cabeza por una bala. El Comodoro lo recibió en sus brazos y ordenó su traslado a la cruz roja.

El combate se había generalizado. José Azueta se había presentado a la Escuela a recibir órdenes. Su padre al verlo le dijo:

- Hijo tu deber no está aquí... Tienes que presentarte al Cuartel de Artillería.

José Azueta deseaba quedarse con sus compañeros.

Nuevamente dijo su padre:

- Yo defenderé la Escuela. Tu ve a cumplir con tu deber.

* * *

José Azueta llegó corriendo al Cuartel de Artillería. Estaba cerrado y aparentemente abandonado. El Capitán al mando de la Batería Fija, cumpliendo órdenes del General Mass había enviado sus treinta hombres a que se concentraran en la columna que había salido para Tejería en la madrugada.

El Capitán con sus dos soldados permanecía en el Cuartel para cuidar las armas y volarlas en caso que los ocupantes quisieran apoderarse de ellas.

Cerraron la pesada puerta de roble y se prepararon para defenderse y cumplir las órdenes de destrucción en caso de ataque.

Huerta al ordenar el retiro de la Guarnición a doce kilómetros del Puerto, expresaba claramente

su decisión de no oponerse a la Ocupación Americana.

Azueta tocó desesperadamente la sólida puerta. Finalmente el Capitán se asomó por una ventana y ordenó que le abrieran.

- Creí que estaría usted con la columna del General Mass.

- Mi Capitán están atacando la Escuela Naval!

- No estoy sordo. Aquí también han caído granadas.

- Mi Capitán pido autorización para sacar el viejo cañón de 80 con su dotación de granadas.

- ¿Quién lo va a servir?... ¿Cómo lo va a mover?

- Nosotros... Todos. Usted, yo.

- ¡Yo no! No pretendo pasar a la historia como mártir, cuando me han dado órdenes de no intervenir. ¿Cómo? ¿No vió usted los cañones que teníamos para oponernos a la invasión? Hubo que retirarlos rápidamente ante la amenaza del Almirante Fletcher de que "Si ordena combatir a los marinos que deben ocupar la Aduana Marítima, la escuadra hará fuego con cañones de grueso calibre y desembarcarán 10,000 hombres".

- ¡Pero esos!... Están desembarcando... ¡Es una invasión!... ¿No va hacer nada?

- Mire teniente o se calma o lo arresto... Claro que es una invasión de infantes de marina apoyada por los cañones de tres acorazados... Si los cadetes no hubieran disparado ya todo estaría tranquilo... Ni usted ni yo podemos hacer nada... Hasta el mismo presidente se hace el sordo.

- Debemos defendernos... Es el honor de la Patria...

... ¡Deme una ametralladora!

- ¿Y quién le ayudará?

- Puedo manejarla sólo... ¡Rápido!... ¡Antes de que sea demasiado tarde!

El Capitán movió la cabeza dudoso... Azueta le había contagiado el entusiasmo. Más era violar las órdenes.

- ¡De acuerdo!... ¡Llévese la maldita ametralladora! Sé por experiencia que cuando alguien quiere sacrificarse resulta inútil oponerse... Coja los cartuchos que encuentre y mande al infierno cuanto norteamericano pueda...

Azueta loco de entusiasmo, poseído por la furia de quien ve hollado el suelo en que nació, escardecida la patria, invadido el país, violado el hogar, salió corriendo del cuartel con una ametralladora en los brazos. Rengueando le seguía el viejo soldado, que por sus reumas no había podido marchar fuera de Veracruz. Arrastraba el pesado cotre con doce cintas de proyectiles.

Cuando los cadetes vieron a Azueta con la ametralladora prorrumpieron en vivas a México y al Teniente. Romualdo trepado en la azotea hacía vibrar los ánimos con los frenéticos toques de "ataque" y "enemigos al frente".

El joven depositó el tripié en el suelo protegido por la fachada sur de la Escuela Naval. Montó la ametralladora. El soldado quizo ayudarlo... Desde el cuartel lo llamó el Capitán:

- ¡Deja que mi Teniente detenga solito a los güeros... Tu vente a cerrar el Cuartel!

Una vez montada la ametralladora. Azueta la probó. La hizo girar horizontal y verticalmente.

El arma se movió con silenciosa precisión. Tiró de la palanca de cierre. La soltó. El ruido metálico, seco, de arma recién ajustada, indicaba el buen funcionamiento.

Abrió el cofre y sacó una de las cintas de cien cartuchos, corrió el cierre y metió el primer proyectil. Al soltar la palanca el arma automática quedó alimentada. Ahora podía disparar 120 proyectiles por minuto al tirar el gatillo.

Se oía el chisporreo de pistolas y fusiles como flotando sobre el sonido esporádico, grueso y lejano, de las salvas de los cañones. Segundos después se escuchaba el sonido de las granadas que rompían sobre las paredes y techos de la Escuela Naval y en los campos próximos.

El joven se arrodilló frente a la ametralladora. La mano derecha en el gatillo, la izquierda en la palanca de maniobra.

Aplicó el ojo a la mira circular. Veía a los soldados de infantería de marina con uniformes multicolores. Para identificación y camuflaje el mando estadounidense ordenó que se tiñeran los uniformes blancos con manchones de tinta verde, ocre y roja.

Veía como desembarcaban de los grandes lanchones.

Salían sin precaución alguna al malecón y se agrupaban por pelotones y secciones al mando de un oficial.

- ¡Ahora dispara! - Murmuró entre dientes.

Dejó oír su voz de muerte la ametralladora. Era un sonido rítmico, traqueteante, de timbre ligeramente más grave que el de los fusiles.

Por la mira, con la frente bañada en sudor, Azueta observó cómo caían dos, tres y hasta cuatro hombres. Los demás se dispersaron con rapidez, escondiéndose entre la maleza. Un oficial sacó la cabeza y observó atentamente a través de sus gemelos de campamento, la ubicación de aquel foco de resistencia.

Azueta lo vio a su vez y disparó. La cabeza desapareció con rapidez entre las altas yerbas.

Se había terminado la primera cinta de proyectiles. Mientras corría al colre por la segunda, los soldados de infantería abandonaron su refugio y avanzaron a paso de carga a la vez que disparaban sus fusiles. Azueta cargó nuevamente la ametralladora; por la mira veía correr multitud de manchas rojas y verdes. Disparó. Otra vez cayeron uno, dos, tres soldados. Los demás desaparecieron instantáneamente de su campo visual.

Entre tanto, avanzaba una sección de infantería de marina bajo la protección de los edificios situados al oriente de la Escuela. Romualdo desde la azotea fue el primero en descubrirlos.

- ¡Cuidado Teniente, que lo flanquean!

Pronto los cadetes se sumaron a la advertencia.

- ¡Peligro!

- ¡Ahí vienen!

- ¡Nosotros te cubrimos!

- ¡Ponte a salvo!

Azueta comprendió que el peligro era inminente y que antes que pudiera ponerse bajo la protección, los norteamericanos montarían otra ametralladora para barrerlo. Se decidió por el contraataque.

Desmontó la ametralladora del tripié, la tomó en brazos y a toda carrera salió de la esquina,

disparando a quemarropa. Otros soldados cayeron. De nueva cuenta se ogotó la cinta de proyectiles. Un soldado con un rifle de alto poder lo tenía en el centro de la mira. Disparó. La bala hizo blanco dándole en la rodilla de la pierna derecha. Azueta se desplomó.

Un grito de desencanto coreó la caída. Gritaron al unísono los cadetes, los estudiantes que poblaban la azotea del Instituto Veracruzano y todos los vecinos de las casas próximas.

De la azotea de la Escuela se descolgaron dos cadetes. Antes de que llegaran a levantarlo. Azueta logró incorporarse penosamente. Se apoyó en la pierna izquierda, desenfundó la pistola y continuó disparando. Otra bala expansiva alcanzó a herirlo abriéndole enorme boquete en la ingle izquierda.

Cañete fue el primero en alcanzarlo. De un solo movimiento lo levantó, se lo echó al hombro para ponerse bajo la protección de las paredes de la Escuela. Antes de llegar, otra bala expansiva le voló el codo izquierdo.

Romualdo se había descolgado desde la azotea. Cayó mal y se levantó cojeando. El corneta lloró al ver las mortales heridas del teniente Azueta, quien al reconocerlo sonrió.

Don Manuel Azueta lo recibió en brazos y lo besó en la frente.

- Muchacho - Le dijo entre sollozos que le impedían hablar. ¿Por qué te destruyes así? . . . ¿Quieres ser héroe a costa de la vida?

- Papá - Contestó a punto de desmayarse de dolor. - Sólo he cumplido con mi deber, tal como me lo has enseñado. . . Tu defendiste la Escuela. . . Yo me opuse al invasor.

Azueta perdió el conocimiento. Rápidamente fue conducido a la pescadería Llaguna donde se le pudo aplicar una cura de emergencia.

* * *

José Azueta fue conducido con la máxima premura por el carretonero Teófilo Ortega a la casa del doctor Rafael Cuervo, que durante la invasión prestó ayuda médica a todos los heridos en combate contra los invasores.

Al observar los tremendos boquetes que las balas expansivas habían abierto en las piernas y en el codo izquierdo del Teniente, el doctor consideró que las heridas eran mortales. Se limitó a desinfectarlas y a dar al herido, que se encontraba en estado de coma, un calmante y algún medicamento para contrarrestar la fiebre y la infección.

Por la tarde fue conducido a la casa de su hermana Rosario Azueta de Aladro en la esquina de 5 de mayo y Emparan, donde lo instalaron en el segundo piso, con el fin de aislarlo, en lo posible, de ruidos y molestias.

Se encargó de su curación el doctor Valentín Molina Sánchez, quien no ocultó a sus familiares el peligro de que las heridas evolucionaran hasta producir la muerte.

Cuando circuló la noticia de la gravedad de Azueta, el Almirante Fletcher ya pacificado el puerto y ocupada totalmente la ciudad, propuso a la madre de Azueta, doña Josefa Abad de Azueta, que enviase al teniente a New York en el más rápido de sus destructores. La señora pidió a su hijo que aceptara la ayuda.

Este contestó:

- Prefiero morir mil veces que deberle la vida a un yanqui.

Azueta sufrió dolorosamente, pues tenían que someterlo a continuas curas y operaciones para limpiarle las heridas de esquiras. Cuando el dolor era inaguantable le ponían algún anestésico, y así lograba dormir un rato. Sus amigos lo visitaban continuamente y permanecían en silencio frente a él, logrando a veces ser reconocidos.

Nadie negaba al héroe su calidad humana. El 24 de abril el Presidente Victoriano Huerta lo ascendió a Capitán Segundo por Méritos en Campaña, concediéndole cinco días después, la Medalla de Oro acordada por el Congreso a los combatientes de la Segunda Invasión Norteamericana en Veracruz. Al mismo tiempo el Ejército le confería la cruz de la tercera clase de Mérito Militar.

Su padre que no pudo estar a su lado, seguía por telégrafo la evolución de las heridas. A su vez fue ascendido a Contralmirante con fecha 2 de mayo.

José Azueta cumplió 19 años de edad en su lecho, cuando ya las heridas empezaban a mostrar el color azuloso de la gangrena. La asistencia exigía verdaderos sacrificios de su hermana y su madre. Se aceptaron los servicios voluntarios de enfermeros de la Cruz Roja, y al final después de una dolorosa agonía, José murió en la tarde del 10 de mayo de 1914.

Según ha pasado a la posteridad, antes de morir se incorporó en su lecho y gritó: "¡Apunten muchachos, fuego... Mexicanos: Viva México!"

Eran sin duda las palabras que había oído de su padre en la defensa de la Escuela Naval. Entonces recuperó la calma, se quedó brevemente en

posesión de sus facultades mentales y dijo a su madre que lloraba:

- Muero contento porque he realizado mi sueño dorado.

Este sueño había sido morir por la Patria.

* * *

La noticia del deceso de José Azueta corrió por el Puerto con la celeridad de los acontecimientos que sacuden a las multitudes.

La frase corría de boca en boca.

Ir al rosario, presentarse en el velorio de aquel que había detenido con su amertalladora por breves instantes la invasión Norteamericana constituía un reto a las autoridades navales, que exigían se mantuvieran las luces encendidas en las estancias que daban a la calle, manteniendo las puertas abiertas. La gente llenó por completo durante toda la noche, la improvisada cámara mortuoria.

El cadáver encerrado en un sencillo ataúd mostraba el cuerpo vestido con uniforme militar.

El rostro pálido, mostraba serenidad y una imperceptible satisfacción espiritual que parecía darle cierta felicidad extraterrena.

Durante el velorio, le acompañaron gentes de todas las clases sociales que montaban guardias de cinco minutos. Se veían representantes de los trabajadores portuarios, de los empleados aduanales, la directiva del Casino Español, del Instituto Veracruzano, niños de las escuelas conducidos en interminables filas por sus madres y muchachas vestidas de blanco.

A las diez de la mañana del día siguiente se organizó un cortejo fúnebre para conducir el fé-

retro al Panteón Veracruzano. El ataúd fue bajado en hombros de sus amigos y admiradores que se relevaban cada calle. Fue conducido por la calle 5 de mayo. Los soldados norteamericanos se descubrían ó saludaban al pasar el cortejo.

En cada avenida se sumaban dolientes. Al pasar por la Guarnición sumaban más de mil. En la plaza Zaragoza esperaba una enorme multitud que silenciosamente se unió al cortejo.

Cuando llegaron al panteón los acompañantes eran tres mil personas. El ataúd se depositó a un lado de la fosa, cubierto por la enseña patria y sobre ella, el kepi militar con la insignia de Capitán Segundo.

Tres oradores sacudieron a la multitud con la palabra vibrante que recordaba la vida y muerte de José Azueta. El estudiante preparatoriano Gustavo Lendech; el obrero Teófilo Romero y el poeta Julio Beltrán.

El féretro bajó a la fosa y poco a poco, se fue cubriendo de tierra arrojada al principio por miles de puños, y después por las palas de los sepultureros. Al terminar de llenarse fueron depositadas las ofrendas florales.

* * *

Han pasado 58 años y aún llega la gente a rezar sobre la tumba de José Azueta. En su sepulcro nunca ha faltado un ramo de flores. Admiradores de todo México testimonian en esta forma su respeto por quien encarnó la forma más pura de heroísmo: Enfrentarse a las fuerzas de invasión, como representante del honor mexicano.

* * *